*Este plan devocional de 14 días, basado en el libro* ***Discipulado Simple****: Seguir a Jesús en la era digital y de la prisa de Felipe Echeverri, te invita a redescubrir la esencia del seguimiento a Jesús en medio del ruido y la prisa moderna. A través de reflexiones profundas y prácticas, aprenderás a vivir una fe sencilla, relacional y transformadora, centrada en amar a Dios, amar a las personas y hacer discípulos.*

Para más información, visita:
**www.martepodcast.com/discipuladosimple**

# Día 1 – Redescubriendo lo simple

Vivimos en la época más acelerada de la historia. Desde que despertamos, una avalancha de notificaciones compite por nuestra atención. Trabajamos, servimos, publicamos, y, sin embargo, terminamos el día con una sensación inquietante: hicimos mucho, pero **no estuvimos realmente presentes**. En medio del ruido digital y la prisa constante, la voz de Jesús sigue resonando con la misma claridad que hace dos mil años: "Vengan, síganme —dijo Jesús—, y los haré pescadores de hombres" (Mateo 4:19, NVI).

La pregunta es: ¿podemos escucharla todavía?

La fe, que debería ser un descanso para el alma, se ha vuelto para muchos una carga más. Nos llenamos de actividades "espirituales": reuniones, tareas, contenidos, pero falta algo. No es falta de información, sino de conexión. Tal vez, sin darnos cuenta, **hemos complicado lo que Jesús hizo simple**.

Jesús nunca diseñó un sistema complejo para seguirlo. No entregó manuales ni estableció calendarios de cursos. Llamó a personas comunes —pescadores, cobradores de impuestos, soñadores, escépticos— y les dijo simplemente "síganme". No los eligió por su conocimiento ni desempeño espiritual, sino por su disposición a caminar con Él. Y en ese caminar, sus vidas fueron transformadas.

El discipulado bíblico siempre ha sido relacional antes que estructural. Nace del encuentro con una Persona, no de la adhesión a un programa. En un mundo donde todo se mide y se acelera, Jesús nos invita a **desacelerar y redescubrir la belleza de caminar con Él**. No se trata de hacer más cosas para Dios, sino de estar más con Dios. Uno de los mayores engaños del cristianismo moderno es confundir activismo con madurez. Pero el discipulado no consiste en acumular actividades, sino en permitir que Jesús moldee nuestro carácter día tras día.

Quizás por eso muchos creyentes hoy se sienten cansados. Corren detrás de un ideal espiritual inalcanzable, mientras Jesús los llama a detenerse y descansar en Él: "Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso" (Mateo 11:28, NVI). No dice "trabajen más duro", sino "vengan a mí". El discipulado comienza ahí: **en la quietud, no en la competencia**.

Volver a lo simple no es retroceder, sino regresar al corazón del evangelio. Es aprender a vivir una fe sin adornos, donde Cristo vuelve a ser el centro. Significa recordar que el discipulado no está reservado para los expertos, sino para todos los que desean seguir a Jesús en medio de su vida cotidiana: el trabajo, la familia, el estudio, el descanso.

En la era digital, donde todo cambia a gran velocidad, la invitación de Jesús sigue siendo la misma: personal, clara y transformadora.

Este puede ser el comienzo de tu viaje. Si tu fe se volvió pesada o sirves a Dios sin disfrutarlo, hoy Jesús te invita a bajar el ritmo, a escuchar, a mirar nuevamente sus pasos. No necesitas un método nuevo ni una estrategia innovadora. Solo necesitas **volver a estar con Él**.

El discipulado simple no es un curso ni una moda. Es una manera de vivir. Comienza cuando, en medio de la prisa, decides detenerte para seguir al Maestro de nuevo, paso a paso, en lo cotidiano.

## Llamado a la acción

- **Haz una pausa al despertar:** "Jesús, quiero seguirte hoy con sencillez."
- **Evalúa tu ritmo:** ¿Qué actividades llenan tu día pero vacían tu alma?
- **Quince minutos sin pantallas:** solo silencio, oración y escucha.
- **Escribe una oración breve:** exprésale tu deseo de redescubrir lo simple.
- **Reflexiona:** ¿Qué añadiste a tu fe que Jesús nunca pidió?

## Versículos de apoyo del día

- Mateo 11:28–30
- Mateo 4:19
- Juan 15:4–5
- Marcos 12:30
- Lucas 10:41–42
- Salmo 46:10

# Día 2 – ¿Qué significa ser discípulo?

Durante siglos, la palabra "discípulo" se ha usado con ligereza. Hoy puede significar asistir a una iglesia, conocer doctrina, participar en un ministerio o identificarse como cristiano. Pero Jesús tenía en mente algo más profundo, transformador y relacional. Ser discípulo no es solo creer en Él, sino **seguirlo con todo el corazón**. "Si alguien quiere ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga" (Lucas 9:23, NVI). No es un camino cómodo, sino una forma de vida.

En los tiempos de Jesús, un discípulo no era solo un estudiante de lecciones, sino alguien que **vivía con su maestro**. Observaba cómo comía, cómo trataba a las personas, cómo oraba y cómo enfrentaba las dificultades. Su meta era parecerse a él. Por eso, cuando Jesús llamó a los suyos, no los invitó a un curso, sino a compartir su vida: caminar, conversar, aprender en el camino.

El discipulado, entonces, no es un evento, sino una **relación que transforma el carácter**.

Muchos creen en Jesús, pero no todos lo siguen. Hay diferencia entre *creyente* y *discípulo*. El creyente puede admirar a Jesús; el discípulo se compromete a obedecerlo. El creyente asiste; el discípulo se involucra. El creyente conoce; el discípulo practica. Jesús lo dijo con claridad: "Si se mantienen fieles a mis palabras, serán realmente mis discípulos" (Juan 8:31, NVI). La prueba del discipulado no está en lo que decimos, sino en cómo vivimos.

Ser discípulo implica rendir la voluntad para abrazar la suya. No es un camino de perfección, sino de transformación. Pablo lo entendía así: "No es que ya lo haya conseguido todo o que ya sea perfecto; sin embargo, sigo adelante…" (Filipenses 3:12, NVI). El discipulado no tiene graduación. Siempre hay más de Jesús por conocer y más de nosotros por entregar.

En los evangelios vemos a Jesús formando a sus discípulos con paciencia. Los corrige cuando se equivocan, los envía a practicar lo aprendido, los

consuela cuando fallan y los restaura cuando dudan. No los perfecciona de un día para otro; **los transforma caminando con ellos**. Así obra también con nosotros. Jesús no busca discípulos que lo sepan todo, sino discípulos dispuestos a aprender cada día.

Ser discípulo en el siglo XXI implica el mismo compromiso, pero en un contexto distinto. Hoy nuestras cruces no siempre son de madera, pero sí de decisiones diarias: negar el ego, perdonar cuando duele, servir sin reconocimiento, detenernos en medio de la prisa para escuchar a Dios. En una cultura que idolatra la comodidad y la inmediatez, el discipulado sigue siendo una contracultura.

Seguir a Jesús es aprender a caminar lento en un mundo que corre.

El discipulado simple —el de Jesús— no comienza en un aula, sino en el corazón. Empieza cuando decimos "sí" a su llamado y aprendemos a vivir desde su presencia. Es dejar de admirar a Jesús desde lejos para caminar a su lado.

Porque el verdadero discípulo no acumula información: **vive transformación**.

## Llamado a la acción

- **Examen honesto:** ¿Eres solo creyente o discípulo? ¿Qué evidencia hay en tus decisiones?
- **Ora con propósito:** pide al Espíritu Santo un área concreta para obedecer hoy.
- **Un paso concreto:** perdona, sirve, escucha o ama de forma práctica.
- **Invita a alguien a caminar contigo en la fe.**

## Versículos de apoyo del día

- Lucas 9:23
- Juan 8:31
- Hechos 11:26
- Filipenses 3:12
- Mateo 28:19–20

# Día 3 – Lo que el discipulado NO es

Antes de entender qué significa seguir a Jesús, necesitamos aclarar lo que **no** significa.

Con el paso del tiempo, el discipulado ha sido cubierto por capas de tradición, programas y activismo religioso que, aunque bien intencionados, han terminado complicando lo que Jesús hizo simple.

Él no vino a crear un sistema, sino a formar corazones. No vino a establecer un método, sino a ofrecer una vida.

Muchos creyentes asocian el discipulado con **un programa**. Piensan que es un curso que se completa, un manual que se llena o una serie de pasos que conducen a la madurez. Pero Jesús nunca entregó un plan de estudios. Su modelo fue profundamente humano y cercano: compartir la vida.

Caminó con sus discípulos, comió con ellos, los escuchó, los corrigió y los envió. El discipulado fue relación, no currículo. Por eso, cuando pensamos que podemos "graduarnos" del discipulado, hemos perdido su esencia.

Otros creen que el discipulado consiste en **activismo religioso**. Confunden servir a Dios con estar ocupados para Dios. Marta lo experimentó en carne propia cuando, agitada y preocupada por los quehaceres, se quejó ante Jesús. Él le respondió:

"María ha escogido la mejor, y nadie se la quitará" (Lucas 10:42, NVI).

No se trata de cuánto hacemos, sino de cuánto permanecemos con Él. La presencia siempre precede al servicio. El activismo puede llenar nuestras manos, pero solo la comunión llena el corazón.

También hemos confundido el discipulado con **acumular información**. Pensamos que saber más Biblia equivale a madurar. Jesús confrontó esa mentalidad con palabras duras:

"Ustedes estudian con diligencia las Escrituras porque piensan que en ellas hallarán la vida eterna. ¡Y son ellas las que dan testimonio en mi favor! Sin embargo, ustedes no quieren venir a mí para tener esa vida" (Juan 5:39–40, NVI).

El discipulado no se trata de leer más, sino de **venir a Él**. El conocimiento que no conduce a la obediencia produce orgullo, no transformación.

Otro error común es creer que el discipulado es **elitismo espiritual**, reservado para los más maduros o capacitados. Sin embargo, Jesús llamó a pescadores, cobradores de impuestos y mujeres marginadas. Su llamado fue universal: "Sígueme." El discipulado no es un club exclusivo; es una mesa abierta para todo el que quiera ser transformado.

Y finalmente, el discipulado no es **perfección inmediata**. Pedro negó a Jesús tres veces, Tomás dudó, los demás huyeron. Aun así, el Maestro los buscó, los perdonó y los restauró.

"Queridos hijos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes" (Gálatas 4:19, NVI).

Esa frase resume el corazón del discipulado: Cristo formándose en nosotros, paso a paso, con paciencia y gracia. Cuando reducimos el discipulado a programas, actividades o conocimiento, el resultado es predecible: cristianos cansados, superficiales y frustrados. Personas que saben mucho pero aman poco; que sirven sin gozo; que dependen de líderes humanos en lugar de depender de Cristo.

El discipulado distorsionado produce inmadurez. El discipulado simple produce vida.

Jesús nunca llamó a sus seguidores a ser perfectos, sino a ser **perseverantes**. Seguirlo implica reconocer nuestra fragilidad y depender de su gracia. No es una carrera por acumular logros espirituales, sino una vida de comunión constante.

El discipulado no es un programa de doce pasos; es una relación de mil encuentros con el mismo Jesús. Hoy el Señor sigue llamando, no a los que se sienten listos, sino a los que están dispuestos. Y su invitación sigue siendo la misma: *"Sígueme."* Nada más, pero tampoco nada menos.

## Llamado a la acción

- **Evalúa tu motivación:** ¿Por qué haces lo que haces en tu vida espiritual?

- **Haz silencio:** deja que el Espíritu te muestre si has reemplazado presencia con actividad.
- **Lee los evangelios esta semana:** observa cómo Jesús discipula con sencillez.
- **Recuerda:** no se trata de "hacer para Jesús", sino de "estar con Jesús".

## Versículos de apoyo del día

- Lucas 10:38–42
- Juan 5:39–40
- Santiago 1:22
- Gálatas 4:19
- 1 Corintios 11:1

# Día 4 – Volviendo a lo esencial

En un mundo saturado de ruido, agendas y métodos, las palabras de Jesús siguen siendo tan directas como transformadoras: *"'Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.' El segundo es: 'Ama a tu prójimo como a ti mismo.' No hay otro mandamiento más importante que estos."* (Marcos 12:30–31, NVI).

En una sola frase, Jesús nos devolvió al corazón de la vida espiritual: amar a Dios, amar a las personas y hacer discípulos. Todo el discipulado se resume ahí.

No es una fórmula, es una forma de vivir. Y sin embargo, a veces lo esencial es lo primero que olvidamos.

Amar a Dios con todo el ser no es un sentimiento romántico ni una emoción pasajera. Es una **entrega diaria** que involucra nuestras decisiones, pensamientos y prioridades. Amar a Dios significa reconocerlo como el centro de todo lo que somos y hacemos. Significa buscarlo no solo en los momentos "espirituales", sino también en lo cotidiano: mientras trabajas, mientras esperas, mientras sirves.

Jesús nos enseñó que este amor no se demuestra en palabras, sino en obediencia. "Si me aman, obedecerán mis mandamientos" (Juan 14:15, NVI).

El amor a Dios siempre nos lleva a acción. No a un activismo vacío, sino a una vida orientada por su voluntad.

El segundo mandamiento —amar al prójimo— revela que el discipulado no es una experiencia privada, sino comunitaria. No podemos seguir a Jesús y permanecer indiferentes ante el dolor del otro. Él mismo nos mostró que amar al prójimo no es solo ayudar a quien lo merece, sino acercarnos a quien más lo necesita.

El amor al prójimo es el termómetro del amor a Dios. Si nuestra espiritualidad no nos hace más compasivos, no hemos entendido el corazón del evangelio.

Y el tercer eje —hacer discípulos— no es una tarea adicional, sino la consecuencia natural de amar a Dios y amar a las personas.

Cuando alguien ha sido transformado por el amor de Cristo, no puede guardarlo para sí. Jesús nos dio una misión que no depende de títulos ni posiciones: *"Vayan y hagan discípulos de todas las naciones…"* (Mateo 28:19, NVI).

El discipulado no es exclusivo de pastores o líderes; es el llamado de cada seguidor. Volver a lo esencial es volver a amar como Jesús.

En una época que valora los resultados por encima de las relaciones, el éxito por encima de la fidelidad, y la apariencia por encima del carácter, Jesús nos recuerda que el Reino avanza a través del amor.

El discipulado simple no se trata de construir grandes cosas, sino de **vivir grandes amores**: hacia Dios, hacia las personas, y hacia la misión.

Quizás hoy Dios te esté invitando a regresar a lo esencial. A dejar las complicaciones innecesarias, a despojarte del ruido espiritual, y a volver a la sencillez del amor que lo cambia todo.

No hay discipulado real sin amor, porque el amor es el lenguaje del Reino.

## Llamado a la acción

- **Ora:** Pídele a Dios que te devuelva el asombro de amarlo con todo tu ser.
- **Ama intencionalmente:** Haz hoy un acto concreto de servicio o bondad hacia alguien cercano.
- **Haz espacio para las personas:** el discipulado ocurre en relaciones, no en aislamiento.
- **Recuerda:** amar y hacer discípulos no son tareas separadas; son expresiones del mismo amor.

## Versículos de apoyo del día

- Marcos 12:29–31
- Juan 14:15
- Mateo 28:19–20
- Mateo 7:24
- Hechos 2:42

# Día 5 – La relación que transforma

El discipulado no comienza con una lista de tareas, sino con una relación viva. Jesús no dijo: "Hagan cosas por mí", sino "Permanezcan en mí". Su llamado no es a producir, sino a permanecer.

El discipulado auténtico no se construye con actividades, sino con **amistad con Dios**.

"Permanezcan en mí, y yo permaneceré en ustedes. Así como ninguna rama puede dar fruto por sí misma, sino que tiene que permanecer en la vid, tampoco ustedes pueden dar fruto si no permanecen en mí" (Juan 15:4, NVI).

La transformación espiritual ocurre cuando pasamos de hacer cosas para Jesús a **estar con Jesús**. Esa fue la clave de los primeros discípulos. Antes de ser enviados, fueron invitados a estar cerca del Maestro. En Marcos 3:14 leemos que Jesús "designó a doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar" (NVI).

El orden es importante: **primero estar, luego hacer**. La vida de un discípulo se alimenta de la presencia, no del desempeño.

Vivimos en una cultura que valora la productividad más que la permanencia. Nos sentimos útiles cuando tenemos resultados, no cuando estamos en silencio. Pero el Reino de Dios opera con otra lógica. Jesús se retiraba a lugares solitarios para orar, no por falta de ocupación, sino porque sabía que el ministerio sin intimidad termina vacío.

El discipulado sin comunión se vuelve religión. El discipulado con comunión se convierte en vida.

Cuando pasamos tiempo con Jesús, algo en nosotros cambia. Su presencia nos moldea más que cualquier enseñanza. Moisés experimentó esto en el monte: "El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como quien habla con un amigo" (Éxodo 33:11, NVI).

Después de ese encuentro, su rostro resplandecía. Así también, la presencia de Cristo transforma nuestra mirada, nuestro carácter, nuestras prioridades.

La relación que transforma no es teórica, es relacional. No se trata de hablar mucho de Dios, sino de hablar mucho con Dios. La oración deja de ser una obligación cuando se convierte en una conversación con quien más amas.

El tiempo en su Palabra deja de ser rutina cuando se convierte en el lugar donde escuchas su voz. Y el servicio deja de ser pesado cuando nace del amor.

Jesús dijo: "Ya no los llamo siervos, porque el siervo no está al tanto de lo que hace su amo; los he llamado amigos, porque todo lo que a mi Padre le oí decir se lo he dado a conocer a ustedes" (Juan 15:15, NVI).

El discipulado es caminar en esa amistad. No somos empleados del Reino, somos amigos del Rey. Quizás te has sentido estancado en tu crecimiento espiritual, como si tus esfuerzos no produjeran cambio. Tal vez la respuesta no está en hacer más, sino en volver a la fuente.

Jesús no te pide resultados, te pide cercanía. Él sabe que la transformación ocurre cuando permaneces en su amor. La verdadera madurez espiritual no se mide por lo que haces para Dios, sino por cuánto disfrutas estar con Él. La relación que transforma no exige perfección, solo presencia.

## Llamado a la acción

- **Haz tiempo para estar con Jesús.** Agenda un espacio diario solo para su presencia, sin tareas ni peticiones.
- **Ora con sencillez:** háblale como a un amigo.
- **Lee Juan 15 completo:** observa cómo la vida fluye desde la conexión con Cristo.
- **Reflexiona:** ¿Estás viviendo desde la vid o desde tu propio esfuerzo?
- **Anota:** una manera práctica de nutrir tu relación con Él esta semana.

## Versículos de apoyo del día

- Juan 15:4–5, 9–15
- Marcos 3:14
- Éxodo 33:11
- Filipenses 3:8–10
- Apocalipsis 3:20

# Día 6 – El carácter del discípulo

Seguir a Jesús no consiste solo en aprender sus enseñanzas, sino en parecerse a Él.

El discipulado no se trata de imitar lo que Jesús hizo externamente, sino de permitir que su vida se forme internamente en nosotros. La meta no es la perfección moral, sino la transformación del corazón.

Desde el principio, Dios tuvo un propósito claro para quienes lo siguen: "Porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó a ser transformados según la imagen de su Hijo" (Romanos 8:29, NVI).

El discipulado es precisamente ese proceso: dejar que el Espíritu Santo nos moldee hasta que el carácter de Cristo se refleje en nuestras actitudes, palabras y decisiones.

Jesús no está buscando admiradores, sino reflejos. Personas que no solo hablen de Él, sino que vivan como Él. Y eso ocurre cuando la presencia de Cristo pasa del intelecto al corazón, del corazón al carácter, y del carácter a la acción.

El carácter del discípulo se forma **en lo cotidiano**.

Mientras el mundo exalta lo visible, Jesús trabaja en lo invisible. Nos forma en el silencio, en la espera, en las decisiones pequeñas que nadie ve. Por eso, seguirlo no es un camino de popularidad, sino de profundidad.

Cada día, el Espíritu Santo usa circunstancias comunes para producir en nosotros la semejanza de Cristo.

Pablo describe este fruto de manera clara: "En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio" (Gálatas 5:22–23, NVI).

No se trata de habilidades espirituales, sino de un carácter que refleja el corazón de Jesús. Y ese fruto no se obtiene por esfuerzo, sino por permanencia. El carácter de Cristo crece en nosotros cuando permanecemos conectados a Él.

El discipulado, entonces, no es solo un cambio de conducta, sino una **renovación interior**.

Dios no busca apariencia, sino autenticidad. Jesús confrontó constantemente a los fariseos porque se veían correctos, pero su interior estaba vacío. El verdadero discípulo vive desde dentro hacia afuera. Cuando el corazón es transformado, las acciones cambian naturalmente.

Esto tiene implicaciones prácticas. Un discípulo no reacciona igual que el mundo ante la injusticia o el conflicto. Ama cuando sería más fácil odiar. Perdona cuando tiene razones para no hacerlo. Sirve cuando nadie más quiere servir. Ese tipo de carácter no se fabrica, se forma. Y la formación duele, pero produce belleza.

Colosenses 3:12 lo dice así: "Por lo tanto, como escogidos de Dios, santos y amados, revístanse de afecto entrañable y de bondad, humildad, amabilidad y paciencia" (NVI).

El verbo "revístanse" indica acción constante: no es algo que ocurre una vez, sino una decisión diaria.

Cada día elegimos reflejar a Cristo o reflejar al mundo. Y cada decisión forma en nosotros una imagen: o la nuestra, o la suya. Jesús no busca discípulos perfectos, sino disponibles. Personas que lo amen lo suficiente como para dejarse moldear.

El carácter de Cristo no se impone, se desarrolla con paciencia. Dios no está apurado. Él forma lentamente, con amor y fidelidad.

Quizás hoy no veas grandes resultados espirituales, pero no subestimes lo que Dios está haciendo en silencio.

Cada día que eliges obedecer, perdonar o servir, estás siendo transformado a su imagen. Y esa es la marca más visible de un verdadero discípulo.

## Llamado a la acción

- **Ora:** Pide al Espíritu Santo que te revele un área de tu carácter que Él desea transformar.
- **Medita:** ¿Qué aspecto de la vida de Jesús te cuesta reflejar? Escríbelo.

- **Practica:** Elige una virtud del fruto del Espíritu y aplícala intencionalmente hoy.
- **Agradece:** Dale gracias a Dios por no rendirse contigo. Él sigue formando su imagen en ti.

## Versículos de apoyo del día

- Romanos 8:29
- Gálatas 5:22–23
- Mateo 5:3–10
- Colosenses 3:12–14
- Filipenses 2:5–8

# Día 7 – Obstáculos y distracciones modernas

Vivimos en la era de la inmediatez.

Todo está a un clic, todo ocurre al instante. Pero la formación espiritual no sigue el ritmo de la tecnología. Mientras el mundo se acelera, Jesús sigue caminando al paso del amor, al paso del alma.

Y ese contraste revela uno de los mayores desafíos del discipulado hoy: **la prisa**. La prisa no solo agota el cuerpo; seca el alma. Nos empuja a hacer más, pero a ser menos. Queremos resultados espirituales rápidos, experiencias profundas sin proceso, madurez sin tiempo.

Sin embargo, el discipulado no puede apurarse. Jesús no formó a sus discípulos en un retiro de fin de semana, sino en años de convivencia. El crecimiento espiritual necesita lentitud.

El autor de Hebreos nos exhorta: "Despojémonos de todo peso que nos estorbe, y del pecado que nos enreda, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante, fijando la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe" (Hebreos 12:1–2, NVI).

En un mundo de distracción constante, fijar la mirada en Jesús es un acto revolucionario.

El discipulado comienza cuando recuperamos la capacidad de **prestar atención**. La distracción es el nuevo enemigo del alma. Pasamos horas conectados y, aun así, nos sentimos vacíos. El ruido externo se convierte en ruido interno: pensamientos acelerados, comparaciones, ansiedad.

Sin darnos cuenta, la atención —ese regalo que debería pertenecer a Dios— la hemos repartido entre pantallas, notificaciones y voces que no nos conocen.

Jesús sigue hablando, pero estamos demasiado distraídos para escucharlo.

Efesios 5:15–16 nos recuerda: "Así que tengan cuidado de su manera de vivir. No vivan como necios sino como sabios, aprovechando al máximo cada momento oportuno, porque los días son malos" (NVI).

Cada momento tiene el potencial de convertirse en un encuentro con Dios, si aprendemos a estar presentes. El discipulado simple nos llama a eso: a recuperar la **presencia consciente** en un mundo distraído.

Otro obstáculo moderno es la sobreexposición. Nos hemos acostumbrado a medir valor por visibilidad. Queremos mostrar logros espirituales, publicar nuestras experiencias, compartir cada instante. Pero Jesús enseña otra lógica: el Reino crece en lo oculto.

Él dijo: "Cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto" (Mateo 6:6, NVI).

El discipulado verdadero se cultiva más en lo invisible que en lo público. Allí donde nadie ve, Dios forma el corazón.

También enfrentamos la distracción de la comparación. Miramos la vida espiritual de otros y sentimos que la nuestra no es suficiente. Pero Dios no está formando copias, sino discípulos únicos.

El ritmo de tu formación no es lento ni rápido: es el ritmo perfecto de Dios para ti. Si queremos crecer como discípulos, debemos recuperar la práctica de la quietud.

"Desvía mi vista de cosas inútiles; dame vida conforme a tu palabra" (Salmo 119:37, NVI).

Aprender a detenernos, a escuchar, a respirar, a estar con Jesús sin producir nada. El discipulado requiere silencio tanto como acción.

Quizás hoy sientes que tu mente está fragmentada, tu alma acelerada y tu corazón disperso. Jesús te invita nuevamente a su ritmo: el ritmo de la gracia. No necesitas correr para alcanzarlo. Solo necesitas **detenerte para encontrarlo**.

## Llamado a la acción

- **Haz un ayuno digital:** desconéctate una hora al día para escuchar a Dios.
- **Practica la quietud:** cinco minutos de silencio cada mañana, sin distracciones.

- **Revisa tus hábitos:** ¿qué te roba más tiempo y atención?
- **Crea un "espacio sin pantallas"** en tu día para orar o leer la Palabra.
- **Recuerda:** el discipulado crece donde la prisa muere.

## Versículos de apoyo del día

- Hebreos 12:1–2
- Efesios 5:15–16
- Mateo 6:6
- Salmo 119:37
- Mateo 6:33–34

# Día 8 – El costo del discipulado

Jesús nunca maquilló el costo de seguirlo.

Sus palabras fueron claras, radicales y contraculturales: *"Si alguien quiere ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, lleve su cruz cada día y me siga"* (Lucas 9:23, NVI).

No prometió comodidad, sino transformación. No ofreció popularidad, sino propósito. El discipulado no es un camino ancho y fácil, sino un sendero estrecho donde se aprende a morir… para poder vivir.

En una cultura que nos enseña a evitar el dolor y a buscar la gratificación inmediata, las palabras de Jesús suenan extrañas. Pero el discipulado auténtico siempre ha implicado **renuncia**. Seguir a Cristo significa soltar el control, los ídolos y las falsas seguridades. El llamado a negarnos a nosotros mismos no es un castigo, sino una invitación a la libertad.

Porque cuando soltamos lo que creemos indispensable, descubrimos que **Jesús es suficiente**.

Él también dijo: *"Y el que no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo"* (Lucas 14:27, NVI).

La cruz no representa una dificultad ocasional, sino una rendición total. Es la imagen del discípulo que ha decidido confiar, aunque duela; obedecer, aunque cueste; amar, aunque le cueste algo. La cruz no destruye al discípulo; lo purifica. Y en esa entrega diaria, encontramos la vida que realmente vale la pena vivir.

El costo del discipulado no es el mismo para todos, pero todos debemos pagar un precio: el de **poner a Cristo por encima de todo**. El joven rico se acercó a Jesús con buenas intenciones, pero cuando oyó lo que debía soltar, se alejó triste. No porque fuera malo, sino porque su corazón estaba dividido. Jesús no busca admiradores, sino seguidores que amen más al

Maestro que sus posesiones, su reputación o su comodidad. El apóstol Pablo lo entendió así:

"Todo lo considero pérdida por razón del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo he perdido todo, y lo tengo por estiércol, a fin de ganar a Cristo" (Filipenses 3:8, NVI).

Para Pablo, perderlo todo por Cristo no era una tragedia, sino una ganancia. Esa es la lógica del Reino: lo que el mundo llama pérdida, Jesús lo llama plenitud. El costo del discipulado también implica perseverar cuando el camino se hace difícil. La fe verdadera no se mide cuando todo va bien, sino cuando seguir a Jesús cuesta algo.

"Por tanto, no nos desanimamos. Aunque por fuera nos vamos desgastando, por dentro nos vamos renovando día tras día" (2 Corintios 4:16, NVI).

Cada acto de obediencia en medio del sufrimiento produce vida. El discipulado simple no promete atajos. Promete algo mejor: una relación tan profunda con Cristo que ninguna pérdida puede compararse con su presencia. Jesús no pide perfección, sino entrega. Y cada vez que decimos "sí" a su llamado y "no" a nuestro ego, su Reino avanza un poco más dentro de nosotros.

Quizás hoy Jesús te esté invitando a rendir algo: un miedo, un hábito, una ambición, un sueño. El costo puede doler, pero la recompensa es Él mismo. Y quien lo tiene a Él, lo tiene todo.

## Llamado a la acción

- **Ora con honestidad:** ¿Qué te está pidiendo Jesús que sueltes hoy?
- **Escribe una lista** de cosas que temes perder si lo sigues plenamente. Preséntaselas a Dios.
- **Recuerda:** la cruz no te quita la vida, te enseña a vivirla.
- **Haz una decisión práctica:** obedece a Jesús en un área donde antes dudabas hacerlo.

## Versículos de apoyo del día

- Lucas 9:23
- Lucas 14:27–33
- Marcos 8:34–35
- Filipenses 3:7–8
- 2 Corintios 4:16–18

# Día 9 – Discipulado en comunidad

El discipulado nunca fue un proyecto individual. Jesús no formó discípulos aislados, sino una comunidad que aprendía, fallaba y crecía junta. Desde el inicio, el llamado a seguirlo implicó pertenecer a un grupo imperfecto pero lleno de propósito. El discipulado simple no florece en soledad, sino **en la compañía de otros que también buscan a Jesús**.

En una cultura que exalta la independencia y el individualismo, este mensaje es contracultural. Muchos quieren seguir a Jesús sin involucrarse con personas, pero el cristianismo sin comunidad se marchita. Dios nos diseñó para ser moldeados en relación.

La fe se fortalece cuando caminamos con otros, porque la comunidad nos confronta, nos anima y nos enseña a amar de verdad. El libro de Hechos describe así a los primeros discípulos:

"Todos los creyentes estaban juntos y tenían todo en común. Vendían sus propiedades y posesiones, y compartían sus bienes entre sí según la necesidad de cada uno. No dejaban de reunirse en el templo ni un solo día. De casa en casa partían el pan y compartían la comida con alegría y generosidad, alabando a Dios y disfrutando de la estimación general del pueblo" (Hechos 2:44–47, NVI).

No era una comunidad perfecta, pero sí auténtica. El amor se veía en lo cotidiano: en compartir la mesa, en cuidar al necesitado, en celebrar juntos. Ese tipo de comunidad no se produce por estructura, sino por amor.

Ser parte de una comunidad discipular implica vulnerabilidad. Requiere mostrarnos tal como somos, con nuestras heridas y luchas. Y aunque eso a veces incomoda, es precisamente en la honestidad donde ocurre la transformación. Dios usa personas imperfectas para formar nuestro carácter. La comunidad se convierte en el taller donde el Espíritu Santo lima el ego, moldea la paciencia y enseña la humildad.

Pablo escribió: "Así nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo, y cada miembro está unido a todos los demás" (Romanos 12:5, NVI). No podemos crecer sin el cuerpo, porque el discipulado es interdependiente. Necesitamos a otros para ver aspectos de Dios que solos nunca veríamos. La comunidad revela el amor de Dios en carne y hueso. Sin embargo, ser parte de una comunidad también implica sacrificio. Significa renunciar al aislamiento, perdonar ofensas, escuchar más de lo que hablamos.

El discipulado comunitario nos enseña a amar a quienes son diferentes, a servir sin esperar reconocimiento y a perseverar cuando es más fácil huir. Por eso Hebreos 10:24–25 nos exhorta: "Preocupémonos los unos por los otros, a fin de estimularnos al amor y a las buenas obras. No dejemos de congregarnos, como acostumbran hacerlo algunos, sino animémonos unos a otros" (NVI).

Jesús dijo que el mundo conocería a sus discípulos por una sola señal: "En esto conocerán todos que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros" (Juan 13:35, NVI). No por su teología, ni por su contenido, sino por su amor visible. El discipulado no se mide por cuánta Biblia sabes, sino por cuánto amas a las personas que Dios te ha confiado. Quizás has vivido heridas en comunidad, o decepciones en la iglesia. Jesús también las vivió con los suyos, pero nunca dejó de amar ni de invertir en ellos.

La comunidad discipular no es perfecta, pero es el lugar donde Dios sigue formando a sus hijos. Caminar con otros no es fácil, pero es el camino de Jesús.

## Llamado a la acción

- **Ora:** Agradece por las personas que Dios ha puesto en tu camino espiritual.
- **Reconcilia:** Si hay alguien con quien rompiste relación, da el primer paso hacia la restauración.
- **Participa:** No te aísles. Busca una comunidad o grupo donde puedas compartir vida y fe.
- **Sirve:** Elige una manera práctica de amar a alguien en tu círculo esta semana.

## Versículos de apoyo del día

- Hechos 2:44–47
- Romanos 12:4–5
- Efesios 4:2–3
- Hebreos 10:24–25
- Juan 13:35

# Día 10 – Discipulado en la era digital

Vivimos conectados como nunca antes, pero rara vez presentes. Podemos enviar un mensaje a alguien al otro lado del mundo en segundos, y sin embargo, nos cuesta mirar a los ojos a quien tenemos enfrente. La era digital nos ha dado herramientas poderosas, pero también ha creado una paradoja: **tenemos acceso a todo, menos a la profundidad**.

Jesús nos llamó a un discipulado que es relacional, tangible y encarnado. Él no envió correos ni publicaciones; caminó con personas. Compartió pan, lágrimas, preguntas y silencios.

En su modelo, el discipulado no se transmite solo con palabras, sino con presencia. Y esa es la gran tensión que enfrentamos hoy: cómo seguir a Jesús en una cultura que valora la conexión superficial sobre la comunión verdadera.

El discipulado digital puede ser una bendición si se usa con sabiduría. Podemos compartir la Palabra, orar a distancia, animar a otros en redes sociales. Pero cuando lo digital sustituye la relación real, el alma comienza a secarse.

La tecnología puede ser un canal del Reino o un ruido que lo apaga. Todo depende de **a quién le estamos entregando nuestra atención**.

Pablo nos exhorta: "No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta" (Romanos 12:2, NVI).

El discipulado en la era digital comienza por una mente renovada. No se trata de rechazar la tecnología, sino de usarla sin ser usados por ella. De permitir que Cristo gobierne también nuestra vida digital.

Jesús dijo: "Ustedes son la luz del mundo. Una ciudad en lo alto de una colina no puede esconderse. Ni se enciende una lámpara para cubrirla con

un cajón. Por el contrario, se pone en la repisa para que alumbre a todos los que están en la casa. Hagan brillar su luz delante de todos, para que ellos puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben al Padre que está en el cielo" (Mateo 5:14–16, NVI).

Ese mandato sigue vigente en las redes sociales. Nuestro comportamiento digital también predica. Cada palabra, cada publicación, cada comentario puede reflejar el carácter de Cristo… o apagarlo.

Filipenses 4:8 nos da un principio práctico: "Por último, hermanos, piensen en todo lo que es verdadero, en todo lo respetable, en todo lo justo, en todo lo puro, en todo lo amable, en todo lo digno de admiración, en todo lo excelente o merecedor de elogio" (NVI).

Si aplicáramos este filtro antes de publicar o compartir algo, nuestras redes serían un reflejo del Reino. El discipulado en la era digital nos invita a redimir la tecnología, no a temerla. A usarla para extender el amor de Jesús, no para distraernos de Él. Podemos usar las pantallas como ventanas hacia la esperanza, no como espejos de ego. Podemos compartir lo que Dios hace en nosotros, no para buscar aprobación, sino para inspirar fe.

Colosenses 3:17 lo resume así: "Y todo lo que hagan, de palabra o de hecho, háganlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios el Padre por medio de él" (NVI).

Eso incluye nuestros mensajes, correos, publicaciones y conversaciones digitales. El discipulado no se apaga cuando apagas tu teléfono. Comienza cuando decides reflejar a Cristo incluso allí. Quizás Jesús te esté llamando a revisar tu manera de estar en el mundo digital.

A preguntarte: ¿lo que comparto edifica o distrae? ¿Acerca a las personas a Jesús o a mí mismo?

El discipulado simple también se vive en línea… pero siempre con los pies en la tierra y el corazón en el cielo.

## Llamado a la acción

- **Haz una auditoría digital:** revisa tus redes y elimina lo que no refleja el corazón de Cristo.
- **Ora antes de publicar:** permite que el Espíritu Santo guíe tus palabras.
- **Usa lo digital para discipular:** comparte un versículo, una oración o una historia de fe.
- **Dedica un día sin redes cada semana** para fortalecer tu comunión con Dios.

- **Recuerda:** tu presencia en línea también puede ser una misión.

## Versículos de apoyo del día

- Romanos 12:2
- Mateo 5:14–16
- Filipenses 4:8
- Colosenses 3:17
- 1 Corintios 10:31

# Día 11 – El fruto del discipulado

Jesús usó una imagen sencilla, pero profunda, para describir la vida de un discípulo: la vid y las ramas. Él dijo: *"Yo soy la vid y ustedes son las ramas. El que permanece en mí, como yo en él, dará mucho fruto; separados de mí no pueden ustedes hacer nada"* (Juan 15:5, NVI).

El discipulado no se mide por cuánto sabemos, ni por cuántas actividades realizamos, sino por el **fruto que produce nuestra vida**. El fruto no es algo que fabricamos, sino algo que el Espíritu Santo genera en nosotros cuando permanecemos conectados a Jesús. Permanecer no es pasividad, es fidelidad diaria. Es una relación constante, no intermitente.

Muchos creyentes se frustran porque no ven "resultados" visibles en su vida espiritual. Pero el crecimiento del fruto no siempre es inmediato. A veces Dios trabaja debajo de la superficie, en lo invisible, preparando raíces más profundas para sostener lo que vendrá.

Jesús no nos llamó a producir, sino a **permanecer**, y en esa permanencia, el fruto aparece de forma natural.

El fruto del discipulado se manifiesta en dos direcciones: **en el carácter** y **en la misión**. El carácter es el fruto interno: amor, gozo, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio (Gálatas 5:22–23, NVI).

La misión es el fruto externo: vidas transformadas a través de nuestro testimonio y servicio. Un discípulo maduro no solo refleja a Cristo, sino que también ayuda a otros a encontrarlo.

Jesús lo expresó claramente: *"La gloria de mi Padre consiste en que ustedes den mucho fruto y muestren así que son mis discípulos"* (Juan 15:8, NVI).

Dar fruto no es opcional; es la evidencia de haber estado con Él. No hay discipulado verdadero sin fruto, ni fruto duradero sin comunión.

El Salmo 1 nos da una imagen preciosa: "Dichoso el hombre… que en la ley del Señor se deleita, y día y noche medita en ella. Es como el árbol plantado a la orilla de un río, que cuando llega su tiempo da fruto y sus hojas jamás se marchitan; todo cuanto hace prospera" (Salmo 1:1–3, NVI).

El secreto del fruto está en las raíces: aquello en lo que te deleitas determina lo que produces. Cuando nuestra mente y corazón se nutren de la presencia de Dios, nuestra vida florece incluso en temporadas secas. El fruto del discipulado también se expresa en la perseverancia. Hay estaciones donde parece que nada crece, pero incluso ahí, Dios está obrando.

Gálatas 6:9 nos anima: "No nos cansemos de hacer el bien, porque a su debido tiempo cosecharemos si no nos damos por vencidos" (NVI).

La madurez espiritual se mide no por la velocidad del crecimiento, sino por la constancia en permanecer. El discipulado simple no busca resultados instantáneos, sino raíces profundas. Y cuando esas raíces están firmes en Cristo, el fruto llega… y permanece. Jesús dijo: *"Ustedes no me eligieron a mí, sino que yo los elegí a ustedes y los comisioné para que vayan y den fruto, un fruto que perdure"* (Juan 15:16, NVI).

Quizás hoy no veas el fruto que esperas. Pero si estás permaneciendo en Cristo, puedes confiar: **lo invisible está creciendo**. El Padre se deleita en el proceso tanto como en la cosecha.

## Llamado a la acción

- **Reflexiona:** ¿Qué tipo de fruto está produciendo tu vida en este momento?
- **Ora:** Pídele a Dios que te ayude a permanecer más que a producir.
- **Medita:** Lee Juan 15 completo y subraya cada mención a "permanecer".
- **Decide:** No abandones el proceso; la cosecha llega "a su debido tiempo".

## Versículos de apoyo del día

- Juan 15:5, 8, 16
- Gálatas 5:22–23
- Salmo 1:1–3
- Gálatas 6:9
- Mateo 7:16–20

# Día 12 – Haciendo discípulos que hacen discípulos

El discipulado no termina cuando somos transformados, sino cuando ayudamos a otros a serlo también. Jesús no nos llamó solo a seguirlo, sino a **formar seguidores**.

Su última instrucción antes de ascender fue una comisión que sigue vigente:

"Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes. Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo" (Mateo 28:19–20, NVI).

El discipulado no es una etapa del cristianismo, es su esencia. Ser discípulo implica convertirse, con el tiempo, en un hacedor de discípulos. Jesús no formó consumidores espirituales, sino multiplicadores del Reino.

La fe madura no se guarda, se comparte. El discipulado simple no busca crecer en influencia, sino en impacto eterno: una vida que engendra otra vida. Pablo entendió esta dinámica y la expresó así:

"Lo que me has oído decir en presencia de muchos testigos, encomiéndalo a creyentes dignos de confianza, que a su vez estén capacitados para enseñar a otros" (2 Timoteo 2:2, NVI).

Ahí vemos cuatro generaciones espirituales: Pablo, Timoteo, los discípulos de Timoteo y los que vendrán después. Eso es multiplicación espiritual: la vida de Cristo pasando de corazón en corazón, sin interrupciones.

Hacer discípulos no es una estrategia eclesial, sino un acto de amor. No se trata de enseñar información, sino de compartir transformación. El discipulado ocurre cuando invitamos a otros a caminar con nosotros, no cuando les damos un curso.

Jesús no organizó clases, sino comidas; no dio conferencias, sino conversaciones. Él nos mostró que el discipulado es **vida compartida**, no conocimiento transferido.

El mayor obstáculo para multiplicar discípulos es creer que no somos capaces. Muchos piensan: "No sé lo suficiente", "No tengo tiempo", o "Eso es para líderes".

Pero Jesús eligió a personas comunes para cambiar el mundo. Él prometió su presencia, no nuestra perfección. Cuando caminamos con alguien, compartimos lo que ya hemos recibido: gracia, verdad y amor.

El poder no está en nosotros, sino en quien nos acompaña: "Y les aseguro que estaré con ustedes siempre…" (Mateo 28:20, NVI).

En Hechos 6:7 leemos: "Y la palabra de Dios se extendía. El número de los discípulos aumentaba considerablemente en Jerusalén" (NVI).

La iglesia crecía no por eventos masivos, sino por discípulos que hacían discípulos. La multiplicación del Reino siempre sucede **de persona a persona**. Pablo lo vivió con ternura y compromiso:

"Nos sentimos tan apegados a ustedes que hubiéramos querido entregarles no solo el evangelio de Dios, sino también nuestra vida, porque llegaron a sernos muy queridos" (1 Tesalonicenses 2:8, NVI).

Eso es discipular: entregar la Palabra y la vida. Hacer discípulos no es una carga, es una extensión natural del amor de Cristo en nosotros. Cuando alguien experimenta la gracia de Jesús, su vida se convierte en invitación. Cada conversación, cada acto de servicio, cada gesto de amor puede ser una semilla de discipulado.

Quizás hoy Jesús te está recordando que el discipulado no se detiene contigo. Que hay alguien en tu entorno esperando ser acompañado, escuchado y amado. No necesitas ser perfecto, solo disponible.

El Reino se multiplica cuando los discípulos dejan de ser espectadores y se convierten en mentores.

## Llamado a la acción

- **Ora:** Pídele a Dios el nombre de una persona a quien puedas acompañar espiritualmente.
- **Invita:** Reúnete con alguien para leer la Biblia, orar o conversar sobre la fe.

- **Comparte tu historia:** Tu testimonio puede abrir una puerta para el discipulado.
- **Recuerda:** no se trata de enseñar mucho, sino de amar bien.

## Versículos de apoyo del día

- Mateo 28:18–20
- 2 Timoteo 2:1–2
- Hechos 6:7
- 1 Tesalonicenses 2:8
- Juan 20:21

# Día 13 – Discipulado simple: un estilo de vida

El discipulado no es un programa que comienza y termina; es una forma de vivir cada día. Jesús no invitó a sus seguidores a asistir a reuniones, sino a caminar con Él. Su llamado no fue a un evento semanal, sino a una relación constante.

El discipulado simple es eso: **seguir a Jesús en lo cotidiano**, en los momentos visibles y en los invisibles, en lo espiritual y en lo común. A veces pensamos que seguir a Cristo ocurre solo en espacios "sagrados": el domingo, el templo, el ministerio.

Pero Jesús formó discípulos en caminos polvorientos, en comidas con amigos, en conversaciones al borde del lago. Él no separó lo espiritual de lo cotidiano, porque para Él **todo era sagrado** cuando el Padre estaba presente.

Cuando entendemos esto, la fe deja de ser una parte de nuestra vida para convertirse en el centro que da sentido a todo.

Colosenses 3:23–24 nos recuerda: "Hagan lo que hagan, trabajen de buena gana, como para el Señor y no como para nadie en este mundo, conscientes de que el Señor los recompensará con la herencia. Ustedes sirven a Cristo el Señor" (NVI).

Eso significa que cocinar, estudiar, trabajar, conducir o criar hijos puede ser discipulado cuando se hace con amor y propósito. El discipulado simple no depende del lugar, sino de la intención del corazón.

Ser discípulo en el día a día implica **vivir con coherencia**. Que lo que decimos en público refleje lo que somos en lo privado.

Que las personas a nuestro alrededor puedan ver a Jesús en nuestra manera de responder, servir y perdonar. El discipulado no se mide por cuántas

actividades tenemos, sino por cuánto nuestro carácter se parece al de Cristo cuando nadie nos observa.

El profeta Miqueas lo resumió así: "Ya se te ha declarado lo que es bueno. Ya se te ha dicho lo que de ti espera el Señor: practicar la justicia, amar la misericordia y humillarte ante tu Dios" (Miqueas 6:8, NVI).

Eso es discipulado en acción: justicia, amor y humildad encarnadas en la vida diaria. No se trata de añadir más cosas a la agenda, sino de vivir de manera diferente lo que ya hacemos.

Pedro escribió: "Mantengan entre los incrédulos una conducta tan ejemplar que, aunque los acusen de hacer el mal, ellos observen las buenas obras de ustedes y glorifiquen a Dios en el día de la salvación" (1 Pedro 2:12, NVI).

La misión comienza con el testimonio. Cada conversación, cada acto de bondad, cada decisión ética es una oportunidad de mostrar el evangelio sin palabras. El discipulado simple no necesita escenarios; necesita coherencia.

Gálatas 6:10 añade: "Por lo tanto, siempre que tengamos la oportunidad, hagamos el bien a todos, y en especial a los de la familia de la fe" (NVI).

El discipulado cotidiano consiste en hacer el bien con constancia, no con espectáculo. Jesús nos llama a reflejarlo en lo pequeño: una palabra amable, una oración silenciosa, una acción invisible. La fidelidad diaria es el terreno donde florece la verdadera madurez espiritual.

El discipulado simple no busca momentos extraordinarios, sino una vida ordinaria vivida con un propósito eterno. Cada día, cada interacción, cada decisión puede ser una expresión del Reino.

Seguir a Jesús no es un evento, es un estilo de vida. Y cuando entendemos eso, todo lo que hacemos —desde lavar platos hasta predicar— se convierte en adoración.

## Llamado a la acción

- **Haz una lista de tus rutinas diarias** y pídele al Espíritu Santo que te muestre cómo reflejar a Jesús en ellas.
- **Busca una oportunidad sencilla** para servir o amar hoy, sin esperar reconocimiento.
- **Ora:** "Señor, enséñame a verte en lo ordinario y a seguirte en lo cotidiano."

- **Reflexiona:** ¿Qué parte de tu vida cotidiana necesita más coherencia con tu fe?

## Versículos de apoyo del día

- Colosenses 3:23–24
- 1 Pedro 2:12
- Gálatas 6:10
- Miqueas 6:8
- Santiago 1:22

# Día 14 – La belleza de lo simple

El discipulado no es un destino, sino un camino. No se trata de llegar, sino de seguir. Y en ese seguir, descubrimos algo que el mundo ha olvidado: la belleza de lo simple.

Jesús vivió una vida extraordinariamente sencilla. No tuvo riquezas, ni posición, ni agenda llena. Pero en su vida, cada momento estaba lleno de propósito. En sus pasos había calma, en sus palabras verdad, y en su mirada, amor. Él nos mostró que lo eterno no se encuentra en lo grandioso, sino en lo cotidiano.

A veces creemos que para honrar a Dios debemos hacer cosas grandes, visibles o notables. Pero el Reino avanza en silencio, como una semilla que crece sin ruido. La belleza del discipulado está en lo ordinario hecho con amor, en lo pequeño hecho con fidelidad.

Jesús dijo: *"El que es fiel en lo muy poco, también en lo mucho es fiel"* (Lucas 16:10, NVI).

Dios ve lo que nadie ve. Él celebra la obediencia silenciosa, la constancia en medio de la rutina, la devoción que no busca reconocimiento.

El discipulado simple es hermoso porque nos devuelve a lo esencial: a amar, a servir, a estar con Jesús. Es aprender a disfrutar su presencia sin prisa, a escuchar su voz sin ruido, a seguir sus pasos sin comparación. Es una vida donde lo espiritual y lo cotidiano se entrelazan hasta ser uno.

El salmista lo expresó así: "Solo una cosa le pido al Señor, y es lo único que persigo: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor y recrearme en su templo" (Salmo 27:4, NVI).

Esa es la meta final del discipulado: no hacer más, sino **ser más conscientes de su presencia**. Permanecer con Él, disfrutarlo, amarlo.

Filipenses 1:6 nos da esperanza en este camino: "Estoy convencido de esto: el que comenzó tan buena obra en ustedes la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús" (NVI).

El discipulado no depende de nuestra fuerza, sino de su fidelidad. El mismo Jesús que nos llamó a seguirlo, camina con nosotros hasta el final.

El discipulado simple no busca reconocimiento, sino comunión. No busca resultados rápidos, sino raíces profundas. Y cuando vivimos desde esa verdad, experimentamos una paz que el mundo no puede ofrecer.

Apocalipsis 21:5 nos recuerda que todo culminará en renovación: "El que estaba sentado en el trono dijo: 'Yo hago nuevas todas las cosas'" (NVI).

Seguir a Jesús es una historia de transformación continua: Él hace nuevas nuestras rutinas, nuestras relaciones, nuestros corazones. Al final, la belleza de lo simple está en descubrir que Jesús es suficiente. No necesitamos adornar la fe con complicaciones humanas.

Solo necesitamos volver, una y otra vez, al lugar donde todo comenzó: su mirada, su voz, su amor. Cuando el ruido del mundo se apague y solo quede su presencia, entenderemos que **lo simple siempre fue lo más profundo**.

El discipulado simple es vivir cada día con la convicción de que estar con Jesús… es lo mejor que nos puede pasar.

## Llamado a la acción

- **Detente hoy:** apaga tus dispositivos por un rato y contempla la presencia de Dios.
- **Ora:** "Jesús, enséñame a encontrar belleza en lo simple y a caminar contigo sin prisa."
- **Agradece:** repasa tu recorrido en estos 14 días y da gracias por lo que el Espíritu formó en ti.
- **Decide:** haz de la sencillez un estilo de vida, no una temporada espiritual.

## Versículos de apoyo del día

- Lucas 16:10
- Salmo 27:4
- Filipenses 1:6
- Apocalipsis 21:5
- Juan 17:3

## Cierre del plan

Si te gustaron estos 14 días de devocional, puedes tener toda la información de dónde provienen con mayor profundidad en el nuevo libro ***Discipulado Simple: Seguir a Jesús en la era digital y de la prisa*** de **Felipe Echeverri**.

Visita: **www.martepodcast.com/discipuladosimple**